

---

# Jean-Baptiste Say: sobre la decadencia y el progreso industrial de España

● JOSÉ M. MENUDO

Universidad Pablo de Olavide

## Introducción

Mientras la etapa inicial de emergencia de la Economía como materia académica en nuestro país (1776-1806) estuvo marcada por la influencia de Adam Smith, la aparición de la Economía como disciplina universitaria trae consigo la apertura de «la era de Say en España».<sup>1</sup> Publicado en castellano justo antes de la guerra de independencia napoleónica, el *Traité d'économie politique* (en adelante *Traité*) entra en la escena española con el eminente protagonismo que le otorga el *Plan de estudios* de Caballero.<sup>2</sup> Jean-Baptiste Say es uno de los economistas más importantes del siglo XIX, el principal protagonista de la Economía clásica en el continente europeo y uno de los autores más traducidos en el panorama de la literatura económica peninsular —el más importante en dicho siglo con 23 obras—.<sup>3</sup> Su influencia directa en España se extiende desde 1804 hasta 1846, sin retraso apreciable alguno y con un periodo de gran intensidad entre los años 1814 y 1827, ayudado por la fuerte

1. Tal como fue definido este periodo por Martín Rodríguez (1989), p. 40. Hijo de un comerciante acomodado, Jean-Baptiste Say (1767-1832) fue más que un afamado economista; soldado en la Revolución francesa, después periodista y redactor jefe de *La Décade Philosophique, Littéraire et Politique*, parlamentario y opositor a Bonaparte, posteriormente empresario y primer catedrático de Economía, en el Conservatoire des Arts y a continuación en el Collège de France.

2. Sobre la influencia de J.-B. Say en el proceso de institucionalización de la enseñanza de la Economía política en España, véase López Castellano (2009).

3. Autores como Frédéric Bastiat, con dieciséis ediciones de varias obras, Jeremy Bentham, con quince o Gaetano Filangieri con seis aparecen cuantitativamente lejos de la difusión de los textos de Say. Véase Cabrillo (1978).

*Fecha de recepción: octubre 2013*

*Versión definitiva: mayo 2014*

*Revista de Historia Industrial*

*N.º 59. Año XXIV. 2015.2*

censura y por la gran acogida de quienes ven la posibilidad de articular sus pensamientos en torno a la obra de Say.<sup>4</sup>

Finalizado el periodo bélico, aparecen obras nacionales de carácter didáctico, aunque sin afán de convertirse en libros de texto porque las cátedras de Economía emplean sistemáticamente el *Traité*. A partir de los años veinte las publicaciones presentan una alternativa al economista francés, por medio de novedades en la estructura o a través de la incorporación de análisis relativos a la economía nacional. Disponemos de una extensa y cualificada literatura económica sobre estas propuestas o *aplicaciones* —el término preferido por estos autores—<sup>5</sup> para ubicar la situación nacional dentro de los patrones de la evolución económica europea. Este artículo pretende contribuir a ella con la incorporación del análisis que el propio Jean-Baptiste Say realiza del caso español. Para ello vamos a emplear las páginas dedicadas a la población, donde Say expone una teoría del progreso económico que discute particularmente la situación de España, avanzando las causas de su retraso económico y proponiendo medidas para su industrialización.<sup>6</sup> Más allá de la imagen que Say tiene de España y de sus alusiones en diversos temas de su obra, consideramos de interés el análisis del país desde un esquema teórico sobre el desarrollo económico. Además, la cuestión es especialmente pertinente porque, dada la preeminencia de la obra de Say en las aulas, esta es la explicación del retraso económico que gran parte de los alumnos de Economía política estudió durante la primera mitad del siglo XIX.<sup>7</sup> Por esta razón y

4. Sobre la influencia de la Economía clásica en los autores españoles clásicos, véase Smith (1968), Martín Rodríguez (1989), Almenar (1997), Almenar y Lluch (2000), López Castellano (2000), Menudo y O’Kean (2005) o Almenar (2014).

5. Véase *Elementos de la Ciencia de la Hacienda con aplicación a España* (1825) de José Canga Argüelles, *Tratado de Economía Política Aplicada a España* (1831) de José Espinosa de los Monteros, *Elementos de Economía política con aplicación particular a España* (1833) del marqués Valle Santoro o el *Curso Elemental de Economía Política con aplicación a la legislación económica de España* (1836) de Euraldo Jaumeandreu.

6. Al margen de Jean-Baptiste Say, aparecen autores calificados por la literatura secundaria con el apelativo de industrialistas. Sus textos se alejan de la Economía clásica y, tomando como referencia a Jean-Antoine-Claude Chaptal, Charles Babbage, Auguste Dupin y Nicolas-François Canard, intentan promover en el seno de la sociedad el desarrollo máximo de la industria. Se trata de obras orientadas a problemas específicos con una metodología heredera de la Aritmética política, como la *Reflexiones sobre la variación del precio del trigo* (1812) de Juan López de Peñalver, o de trabajos que tenían por objeto promover medidas de política económica ligadas a la difusión de la industrialización, caso de *España con industria fuerte y rica* (1816) de Antonio Buenaventura Gassó, o los artículos de Josep Andreu Fontcuberta. Véase Lluch (1992) y Almenar, Argemí y Lluch (1999).

7. Las obras de J.-B. Say son empleadas hasta 1846 en los distintos ámbitos de enseñanza de la Economía política, de naturaleza pública o privada, tanto a futuros cargos públicos, como a funcionarios o a comerciantes. Es introducida como libro de texto en la cátedra de Economía civil y de Comercio de la Real Sociedad Económica Aragonesa por su titular en 1807, José Benito de Rivera, y continuará durante el magisterio de Agustín Alcaide (1815-1821). Los Consulados y Juntas de Comercio también se convierten en centros de enseñanza, con sus propias cátedras y teniendo a Say como referencia. En la misma línea, la cátedra de la

en la medida de lo posible, emplearemos las traducciones al castellano del periodo.<sup>8</sup>

Este trabajo está estructurado en tres partes. La primera presenta la teoría del progreso de J.-B. Say. Enmarcado en un institucionalismo que proyecta la experiencia europea como modelo universal a otros ámbitos, Say investiga por qué las naciones menos civilizadas carecen del conjunto de instituciones compatibles con el progreso.<sup>9</sup> La segunda parte analiza el lugar asignado a España en esta escala de civilización. Say entra en el debate sobre las causas de la decadencia española con una medida universal del desarrollo y una cambiante imagen de la nación. Encontramos que los resultados son modificados y España abandona el grupo de países retrasados para incorporarse a la industrialización, aunque dicha conclusión no estuviera al alcance del lector en castellano por ser expuesta en obras posteriores a 1828.<sup>10</sup> En tercer lugar, presentamos las políticas de desarrollo propuestas por Say. El autor no cree en la generación espontánea de las instituciones que permiten un estado industrial de prosperidad. El único medio para construir un cuerpo social industrial es un sistema de instrucción pública que capacite al conjunto de la población. La responsabilidad recae en el legislador, tanto por ser condición necesaria del éxito como por ser la causa última del fracaso.

---

Sociedad Económica Matritense se reestablece en 1820 con José Antonio Ponzoa al frente, traductor del *Traité*, obra que forma parte incluso del concurso de cátedra. Véase Martín Rodríguez (1989). También es necesario reseñar la influencia de la economía clásica en la política económica española, véase San Julián (2012).

8. Emplearemos la edición de 1821, titulada *Tratado de economía política ó exposición de cómo se forman, se distribuyen y se consumen las riquezas*. Elegimos esta traducción de la cuarta edición del original, a cargo de Juan Sánchez Rivera, porque se trata de la última publicación del *Traité* durante el periodo de mayor influencia directa de J.-B. Say en España, entre los años 1814 y 1827.

9. Sobre distintos enfoques institucionales sobre el desarrollo, véase López Castellano (2012).

10. Junto a las seis ediciones en castellano del *Traité*, otras obras de J.-B. Say son traducidas. Se realiza una edición de *Építome des principes fondamentaux de l'économie politique* (1814) como texto independiente en 1816, seis ediciones de *Catéchisme d'économie politique ou Instruction familière qui montre de quelle façon les richesses sont produites, distribuées et consommées dans la société* (1815) con distintos títulos, una edición de *De l'Angleterre et de les anglais* (1816) aparecida en Madrid un año después, cuatro ediciones de la *Cartas de Say a Malthus* (1815) y una edición de *Petit volume contenant quelques aperçus des hommes et de la société* (1817) de la tercera edición francesa de 1839, ese mismo año. También se reproducen en castellano algunos artículos, caso de «Ensayo histórico sobre el origen, progreso y resultados probables de la soberanía de los ingleses en la India» y «Disertación sobre la balanza de los consumos y las producciones», ambos aparecidos en *Mercurio de España*, en diciembre de 1824 y marzo de 1825 respectivamente. Esta intensidad pudo convertirse en saturación e impedir la recepción de su obra más importante, el *Cours complet d'économie politique pratique* (1828). Véase Menudo y O'Kean (2005).

## La teoría del progreso económico de J.-B. Say

El progreso de una nación, para J.-B. Say, está asociado a la satisfacción de las necesidades de sus miembros. Las naciones más civilizadas son aquellas que cumplen más y de la mejor forma las numerosas y variadas demandas de sus ciudadanos. Pero el criterio para definir el nivel de civilización no será únicamente el grado de satisfacción porque hay que tener numerosas necesidades para ser considerada una nación civilizada. La medida del grado de civilización será la producción o el consumo per cápita.<sup>11</sup>

Jean-Baptiste Say emplea la idea ilustrada de unos estadios del progreso, con un vector único de crecimiento, que finalizan en los países de Europa occidental.<sup>12</sup> Aunque la cuestión sea abordada en diversos momentos de su obra, los capítulos dedicados a la población —el capítulo XI del libro II del *Traité*, desde el capítulo I al XVIII de la sexta parte del *Cours complet d'économie politique pratique* (en adelante *Cours complet*) la séptima sesión del *Cours à l'Athénée*. El nivel más bajo está formado por los pueblos salvajes; es decir, individuos que no viven en un «estado social». Say presenta un cuadro caótico de individuos que solo buscan su propia subsistencia. El primer paso es establecer relaciones sociales —por medio de la construcción de ciudades o del cercamiento de terrenos— para que la civilización sea posible.<sup>13</sup> El segundo grupo es calificado como naciones inferiormente civilizadas. India o China no tienen únicamente un problema de retraso económico. Existe una discontinuidad fundamental con Europa provocada por su nula participación en las ganancias del comercio internacional.<sup>14</sup> Europa tiene una responsabilidad civilizadora que implica eliminar los monopolios comerciales para permitir a estas naciones competir en los mercados internacionales. El tercer conjunto está formado por los países en decadencia y, en consecuencia, con una población en continua disminución. Siria, Egipto, Rusia, Irlanda o España son países mal civilizados.

¿Qué haría un fabricante activo, o un negociante hábil en una ciudad poco poblada y mal civilizada de ciertos parajes de Vesfalia [España] o de Polonia? Aun cuando no tuviese allí ningún competidor, vendería poco, porque es poco lo que en ellas se produce; al paso que en París, en Amsterdam y en Londres, a pesar de la concurrencia de cien mercaderes como él podrá hacer inmensos negocios por la sencilla razón de que está rodeado de gentes que producen mucho en una mul-

11. Véase Say (1840), p. 232.

12. Sobre la teoría del desarrollo económico de J.-B. Say, véase Platteau (1978).

13. Esta fase es desarrollada únicamente en el *Cours complet*. Véase Say (1840), pp. 379 y ss.

14. Hay que sumar instituciones y valores que generan comportamientos opuestos al crecimiento económico. Véase Say (1821), vol. II, p. 143.

titud de ramos, y hacen compras con lo que han producido, esto es con el dinero procedente de la venta de lo que han producido.<sup>15</sup>

La decadencia duradera de estas naciones tiene su origen en unas instituciones que obstaculizan la extensión de los recursos productivos y, en particular, la *industria del hombre*.<sup>16</sup>

Jean-Baptiste Say distingue explícitamente la industria y el trabajo para reconstruir la tríada de Adam Smith (trabajo, tierra y capital) desde su propia teoría de la producción.<sup>17</sup> Para J.-B. Say, producir es conferir utilidad a una sustancia que antes carecía de ella o bien aumentar la utilidad que ya poseía.<sup>18</sup> Su fuente son tres conjuntos de recursos o «fondos productivos» —capitales, recursos naturales y la industria del hombre— que generan al productor una utilidad denominada «servicio productivo».<sup>19</sup> Say aplica el concepto de mercancía a los recursos, de forma que los fondos productivos son acumulables, perecederos, no consumibles, inalienables y también rentables —la retribución por los servicios productivos recibe el nombre de salario, interés y arrendamiento, respectivamente—. Los propietarios de los fondos son el capitalista, el terrateniente y el hombre industrial. Este último puede diferenciarse en sabio, empresario y obrero porque la actividad humana en la producción siempre implica tres operaciones: la generación del conocimiento, su aplicación y la ejecución de tareas.

La industria del hombre aparece como un fondo acumulable de capacidades y conlleva la transformación de los conceptos producción y distribución. En primer lugar, emerge con mayor importancia el capital humano en la literatura económica y, específicamente, en el proceso económico.

15. Say (1821), vol. I, p. 104. A partir de la quinta edición del *Traité*, Say sustituye Vestfalia por España.

16. El concepto de industria del hombre ha sido asunto de un importante debate desde 1920, al objeto de delimitar la transición del significado saber-hacer hacia el sentido de empresa o sector. Véase James (1977) y Braudel (1979). Pero inequívocamente, a lo largo del siglo XVIII industria describe los talentos utilizables para fines productivos y, en general, aparece tanto ligado al factor trabajo como desvinculado de un agente en particular. Véase Fontaine (1992).

17. Say (1821), vol. I, p. 34. La cuestión de las capacidades y el conocimiento dan lugar a una crítica de Say a Adam Smith, pues el autor escocés resume todo lo dicho anteriormente en el concepto de trabajo, obviando el conjunto de las operaciones y cualidades industriales.

18. Esta definición supone una ruptura con el concepto tradicional de producción. François Quesnay hablaba de un regalo de la naturaleza, mientras Adam Smith restringía el concepto a los bienes materiales. Véase Steiner (2000).

19. El derecho de propiedad sobre los frutos generados por los fondos productivos es un principio de carácter absoluto, exclusivo y perpetuo para J.-B. Say. Dedicó el capítulo XIV de su *Catéchisme d'économie politique* a explicar un concepto de propiedad que va mucho más allá del código civil napoleónico. Véase Laget (2002).

[...] una considerable pérdida de hombres ya formados es una pérdida grande de riqueza adquirida; porque todo hombre adulto es un capital acumulado que representa todas las anticipaciones que ha sido preciso hacer durante muchos años para ponerle en el estado en que se halla.<sup>20</sup>

Incluso Say considera que los padres que invirtieron en la formación de sus hijos deben recuperar el adelanto por medio de transferencias monetarias cuando el capital intangible proporcione frutos. En segundo lugar, Say presenta estas capacidades como argumento explicativo de las diferencias salariales presentes en el precio de equilibrio de los mercados de factores. Así, la escasez de ciertos talentos, en relación con las necesidades de servicios productivos, aumenta la retribución de aquellos que los poseen.<sup>21</sup> En tercer lugar, el estudio de las capacidades permite ampliar el ámbito teórico de la actividad empresarial con la perspectiva de la oferta de un recurso escaso y necesario. Concretamente, existen tres razones principales para la escasez de empresarios: 1) el acceso al capital, 2) las capacidades empresariales y 3) el riesgo de la producción.<sup>22</sup> Dentro del grupo de condiciones necesarias para la producción, el lugar predominante está ocupado por el empresario. Su capacidad para otorgar utilidad y, por lo tanto, procurar valor permite que las producciones sean mercancías.

Si la actividad empresarial requiere una poco frecuente combinación de condiciones, la estructura institucional de las naciones mal civilizadas añade más dificultades al limitar el fondo productivo denominado industria del hombre. En esta cuestión, Say emplea el ilustrativo término «instituciones políticas».<sup>23</sup> Frente al orden espontáneo de la ilustración escocesa, las instituciones civilizadas de Say no emergen de forma gradual y no planificada como consecuencia del comportamiento de individuos guiados por el propio interés.<sup>24</sup> Las sociedades políticas son un cuerpo vivo que requiere medios —la moral, la legislación, la política y, sobre todo, la Economía política— para asegurar la armonía de los intereses individuales. En la cuestión de la prosperidad o la decadencia, tanto las instituciones como las políticas son instrumentos del gobernante. La autoridad instruida es una condición necesaria para crear una cultura industrial, mientras que el «administrador vicioso» yerra en sus políticas de prosperidad o emplea las instituciones para otros fines. Son ejemplo de estas nefastas instituciones políticas el ejercicio de la autoridad sin imparcialidad (no uniforme aplicación de la ley) y con arbitrariedad

20. Say (1821), vol. II, p. 139.

21. Say (1840), p. 329.

22. Say (1821), vol. II, pp. 72-73.

23. Say (1819), p. 183.

24. Para una comparación sobre el papel del legislador en la armonía de intereses en Adam Smith y Jean-Baptiste Say, véase Forget (2001).

(presencia de un cambiante deseo en el legislador), la ausencia de educación, la ausencia de seguridad jurídica, las prácticas supersticiosas, los sistemas políticos no representativos, los sistemas fiscales donde solo tributan los productores, los sistemas gremiales de producción o los derechos de progenitura.

Estas estructuras institucionales «arcaicas» presentan dos tipos de problemas. Por un lado, generan desincentivos a la actividad productiva que tiene como consecuencia recursos desempleados. Concretamente, la población no forma parte del circuito producción-distribución-gasto expuesto en su teoría. Say hace referencia a la ociosidad provocada por las instituciones y a la pereza promovida por pequeñas rentas procedentes de algún privilegio o de algún fondo. Ni el incentivo de la ganancia, ni la necesidad, ni el gusto por bienes superfluos influyen en la decisión individual de incorporación al sistema industrial.

En fin, los pueblos y hasta las aldeas serían más numerosos, y tendrían un aire de comodidad, si sus habitantes en general fuesen más activos y más industriosos: si tuviesen una emulación más laudable; si su vanidad consistiese en procurarse todo lo que es verdaderamente útil para mantener su casa aseada y ordenada, más bien que en vivir sin hacer nada, en mantenerse de un corto arriendo o de un empleo inútil a costa del país. Un sujeto que tiene cuatro u ocho mil reales que gastar cada año, vejeta con esta renta, que podría duplicar o triplicar si reuniese a ella un trabajo industrial. Aun aquellos mismos que tienen una ocupación útil no la dan toda la extensión de que es susceptible poniendo en ella más actividad y más conocimientos.<sup>25</sup>

La segunda cuestión son los errores y fracasos empresariales generados por la escasez de capacidades entre la población. El conocimiento es el criterio empleado por Say para definir la actuación empresarial, concretamente la aplicación del conocimiento para la creación de mercancías.

Se tendrá presente que el empleo de un empresario de industria tiene relación a la segunda operación que hemos reconocido como necesaria para el ejercicio de una industria cualquiera: operación que consiste en hacer aplicación de los conocimientos adquiridos para la creación de un producto que debemos usar.<sup>26</sup>

El conocimiento permite romper la dinámica repetitiva. Say rechaza la experiencia como modo de aprendizaje porque conlleva ignorancia y desemboca en la rutina. Aboga por un ejercicio práctico, basado en el conocimiento teórico, que permita romper el automatismo y que ahorre los costes de prue-

25. Say (1821), vol. II, p. 147.

26. Say (1821), vol. II, p. 71.

ba y error generados por el aprendizaje práctico.<sup>27</sup> Trata de coligar los estudios científicos, que el papel puede soportar, y la práctica ejercida en cada uno de los puestos de trabajo que conforman el proceso de producción. Para ello, el empresario debe conocer las dificultades que entraña la ejecución realizada por cada obrero y determinar las carencias de cada parte que conforma la organización.<sup>28</sup> El éxito de esta aplicación del conocimiento depende de las capacidades empresariales.

Las personas que no reúnen las cualidades necesarias hacen empresas con poco suceso: estas empresas no se sostienen, y su trabajo no tarda en estar fuera de circulación. No queda en ella por consiguiente más que el que puede continuarse con buen suceso, es decir con capacidad.<sup>29</sup>

La actividad empresarial es el fruto de facultades industriales, que pueden ser naturales o adquiridas, personales o morales. Las cualidades morales tienen este calificativo porque proceden del proceso de socialización del individuo en el que un ciudadano adquiere competencias, por medio de la educación industrial y de la familia, para ejercer una conducta instruida. El *juicio* es la cualidad moral más importante que debe presentar el empresario y el objetivo principal de la formación.<sup>30</sup>

En segundo lugar, este género de trabajo exige cualidades morales cuya reunión no es común. Requiere juicio, constancia, conocimiento de los hombres y de las cosas. Se trata de apreciar convenientemente la importancia de tal producto, la necesidad que se tendrá de él, los medios de producción.<sup>31</sup>

Este razonamiento empresarial permite cuantificar en términos monetarios las necesidades de las personas y las mercancías, de ahí la obligación de conocer tanto a los individuos como los recursos.<sup>32</sup> La valoración incluye dos tipos de cálculo: la cantidad fabricada y el precio que el consumidor estaría

27. Say (1819), vol. II, p. 161.

28. «He dicho que el agricultor, el fabricante y el negociante se aprovechan de los conocimientos adquiridos, y los aplican a las necesidades de los hombres; pero debo añadir que les son indispensables algunos otros conocimientos que apenas podrán adquirir sino con la práctica de su industria, y que pudieran llamarse la ciencia de su profesión. Es probable que si el más hábil naturalista quisiese abonar por sí mismo su tierra, no lo haría tan bien como su arrendador, a pesar de saber mucho más que este. Un mecánico muy distinguido, aunque conociese bien el mecanismo de las máquinas de hilar el algodón, sacaría probablemente un hilo bastante malo, si no se ejercitaba antes en esta labor» (Say, 1821, vol. I, p. 31).

29. Say (1821), vol. II, p. 73.

30. Todas las cualidades morales proceden de la educación industrial. Tan solo el espíritu de dirección requiere una natural firmeza de carácter. Véase Say (1840), p. 17.

31. Say (1821), vol. II, p. 72.

32. Véase Goglio (2002).



dispuesto a pagar. El primero es considerado técnico porque trata de determinar la producción de cada proceso. El segundo es más complejo y Say particulariza si se trata de una novedad que requiera *prejuizar* las necesidades —algo distinto y más complejo que la *estimación* del precio o de los costes de un bien disponible ya en el mercado—. <sup>33</sup> La importancia del razonamiento proviene de la necesidad de enfrentarse a la incertidumbre. <sup>34</sup> El empresario realiza una particular organización de la actividad productiva desde un modelo preestablecido sobre la base del juicio y del conocimiento. La *audacia juiciosa* permite al empresario entrever los riesgos de cualquier proyecto que podamos modelar al enfrentarlo con la realidad. El error generado en la valoración, por avances inexactos o por la evolución de los precios, es trasladado a su retribución.

El productor funda sus cálculos en el valor presumible de los productos luego que estén acabados, y nada le desanima tanto como una variación que deja burlados todos los cálculos. Las pérdidas que experimente serán tan poco merecidas como las ganancias extraordinarias que puedan resultarle de semejantes variaciones. <sup>35</sup>

En las naciones mal civilizadas, el empresario yerra en sus decisiones porque sus razonamientos están basados en prejuicios. <sup>36</sup> Las consecuencias económicas son especialmente nefastas:

Suelen decir los empresarios de los diversos ramos de industria que no está la dificultad en producir sino en vender, y que nunca dejaría de producirse bastante mercancía si se pudiese hallar fácilmente su despacho. Cuando el empleo de sus productos es lento, difícil y poco ventajoso, dicen que escasea el dinero. El objeto de sus deseos es un consumo activo que multiplique las ventas y sostenga los precios. Mas si se les pregunta qué circunstancias y qué causas son favorables al empleo de sus productos, se nota que por la mayor parte tienen ideas confusas sobre estas materias; que observan mal los hechos y los explican peor; que tienen por constante lo que es dudoso; que desean lo que es directamente contrario a

33. A esto añadimos la inexistente difusión del producto, en relación con bienes ya implantados. Los mercados maduros permiten comparar los beneficios y decidir qué producir, otorgan una mayor formación o experiencia en dicha actividad y presentan una clientela formada. Por contra, el empresario tendrá competencia aunque adopte mejores técnicas o un mayor conocimiento de la futura demanda. Véase Say (1840), p. 139.

34. La incertidumbre tiene connotaciones distintas en J.-B. Say. Aunque en ocasiones es confundida con el riesgo que supone la inversión, la incertidumbre aparece de forma independiente en otras dos situaciones. Por un lado, Say plantea la organización de la producción como un entono de incertidumbre que obliga a buscar cualidades distintas a la administración. También al diferenciar las retribuciones, aparece la naturaleza segura del salario y de la renta del capital frente a la naturaleza incierta de los ingresos empresariales. Véase Menudo y O’Kean (2002).

35. Say (1821), vol. 1, p. 192.

36. Sobre el concepto de individuo en J.-B. Say, véase Legris y Ragni (2002).

sus intereses; y que procuran obtener del gobierno una protección fecunda en malos resultados.<sup>37</sup>

La ausencia de juicio empresarial promueve negocios demasiado adversos al riesgo y, en consecuencia, una producción escasa. No funcionaría la «ley de los mercados» porque la oferta no crea su propia demanda. A juicio de Say, no es necesario estimular el crecimiento económico porque la demanda, basada en las necesidades, es poderosa por naturaleza. La producción es el problema porque las empresas son incapaces de generar ingresos a las familias. El empresario con juicio: 1) no está condicionado por la incertidumbre de las ventas y decide las cantidades a producir según las necesidades, 2) no escatima en el pago de salarios porque comprende que la renta de las familias determina el consumo y 3) evita aceptar los privilegios ofrecidos por el gobernante porque sabe que los monopolios son contrarios al bienestar general.

En definitiva, las restricciones a las fuentes de los recursos o la ausencia de capacidades provocan una industria poco activa y una producción escasa que, progresivamente, merma la población. Por lo tanto, la debilidad de la demanda interna y el problema demográfico no son obstáculos para la industrialización, sino sus consecuencias.

Lo que verdaderamente fomenta la población es una industria activa que da muchos productos. Se multiplica en todos los cantones industriales; y cuando un terreno virgen conspira con la actividad de una nación entera, que no admite ningún ocioso, sus progresos admiran, como en los Estados-Unidos, en donde se duplica su población cada veinte años.<sup>38</sup>

### **España: de la mala civilización al progreso a la industria**

A medida que avanzaba el siglo XVII, la idea de una creciente decadencia española es común.<sup>39</sup> Tanto en los escritos españoles que buscan soluciones o «arbitrios» como en la mirada de los viajeros extranjeros aparecen argumentos económicos y políticos repetidos desde entonces. Para todos, el verdadero origen de los problemas de la economía española era el abandono de

37. Say (1821), vol. I, p. 97.

38. Say (1821), vol. II, p. 138.

39. También se conforman unos estereotipos negativos, en parte asociados a la llamada Leyenda Negra. Anes (1998) sitúa el origen de esta imagen conquistadora, negra e imperial de España en la publicación de *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* (1552) de fray Bartolomé de las Casas. En general, son los teólogos y moralista del siglo XVI quienes inicialmente reconocen los primeros factores del declive. Pero también las obras sobre filosofía política del Siglo de Oro, cuando entran en estas polémicas de crueldad y fanatismo, revelan cierta preocupación. Véase Ladero (1996), pp. 35-36.

los sectores productivos por una vida ociosa con rentas que no proceden del trabajo.<sup>40</sup> Los arbitristas añaden el incremento de los precios y la «saca» de metales preciosos hacia el exterior, mientras que los viajeros incorporan las guerras, la emigración, el proteccionismo del comercio colonial, la presión fiscal, la alteración de la moneda, la expulsión de los judíos y de los moriscos y el mal gobierno. El cambio dinástico en España no logra transformar la imagen del país y amplía las diferencias interpretativas: los *tradicionalistas* ensalzan el pasado y sus ideales, en tanto que los *reformadores* lo critican como causa de la Decadencia.<sup>41</sup> Desde las múltiples combinaciones entre ambas tesis, Rafael Melchor de Macanaz, Miguel de Zábala (1732), Bernardo de Ulloa (1740), Gerónimo de Uztáriz (1742), el conde Amor de Soria (1741), José del Campillo y Cossío (1741-1743) y Miguel Antonio de la Gándara (1759) presentan propuestas para salir del atraso económico, con frecuencia en la línea iniciada por los arbitristas, porque el origen del problema está relacionado con problemas de tipo institucional y no con defectos del carácter nacional.<sup>42</sup> Fuera del círculo diplomático, la opinión en el continente era distinta y muy mediatizada por una literatura de viajes independizada del viajero para expresar las críticas a la sociedad de su tiempo.<sup>43</sup> Los ilustrados franceses de mayor renombre contribuyeron a situar a España en la periferia de Europa al transmitir una imagen sombría, acentuada por el despotismo político, el oscurantismo religioso de la Inquisición, la crueldad colonizadora y la pobreza de la vida intelectual. La polémica alcanza su cima con el artículo «Espagne», del primer volumen de la *Géographie moderne* (1782) que formaba parte de la *Encyclopédie méthodique*, firmado por Nicolas Masson de Morvilliers. Al igual que afirman los viajeros británicos y franceses en la segunda mitad del siglo XVIII, el texto sostiene que el carácter español era en realidad un simple reflejo de unas malas instituciones que habían limitado la libertad, alentado la superstición y ahogado el debate intelectual.<sup>44</sup> En España encontramos una variada respuesta al retrato de los *filósofos*; *Defensa de la Nación española* (1782) de José Cadalso responsabiliza a las guerras y a los tesoros in-

40. Véase Perdices y Ramos (2015), p. 18.

41. Véase Ladero (1996), p. 39.

42. Véase Martín Rodríguez (1999), pp. 386-387.

43. Desde la perspectiva diplomática, la Guerra de Sucesión española reduce a la nación a una potencia de segunda categoría que justifica su puesto entre los Estados europeos por la influencia en el continente americano. Esta es la opinión del abad Saint-Pierre (1713) y del marqués de Argenson (1714) y, a partir de la Guerra de los Siete Años y del tercer Pacto de Familia de 1761, esta función política de la monarquía española en el tablero mundial está perfectamente definida. Véase López-Cordón (1992), pp. 23-48.

44. Los viajeros británicos explican la supuesta decadencia del país con razones de tipo institucional: un mal gobierno absolutista, una Iglesia autoritaria, opresiva e ignorante, y una nobleza negligente que no asumía sus responsabilidades sociales. Fuera del círculo enciclopédico, las descripciones sobre España fueron más moderadas en Francia y también en el resto del continente. Véase López-Cordón (1992), p. 40, e Iglesias (1998), pp. 414-425.

dianos de la despoblación y la decadencia, aunque será reversible con el cultivo de los saberes, mientras *Observations de M. l'abbé Cavanilles sur l'article «Espagne» de la Nouvelle Encyclopédie* (1784) realiza una apología de la ciencia española.<sup>45</sup> Sin embargo, la decadencia de España no va a ser asumida de modo general y sin matices por los intelectuales españoles, conscientes de los esfuerzos modernizadores. Gaspar Melchor de Jovellanos y la práctica totalidad de los economistas españoles de la segunda mitad del XVIII harán gala de un claro optimismo en relación con las posibilidades de crecimiento de la economía española, pese a reconocer su atraso relativo frente a las grandes potencias europeas de la época.<sup>46</sup> A pesar de ello, a finales del siglo XVIII España era un país periférico y atrasado desde la perspectiva de la Europa avanzada.<sup>47</sup>

En el esquema de progreso de Jean-Baptiste Say, España es inicialmente una nación mal civilizada que merece siempre unas líneas para explicar las particularidades de su decadencia. Esta calificación es modificada conforme Say incorpora nuevas referencias y se suceden los acontecimientos políticos. Las primeras ediciones del *Traité* tan solo emplean *Théorie et Pratique du Commerce et de la Marine* (1753) de Uztáriz, *Anales del Reino de Navarra* (1674-1709) y *Essai politique sur le royaume de la Nouvelle Espagne* (1811) de Alexander von Humboldt. En 1819, el *Cours à l'Athénée* (1819) incorpora *Histoire critique de l'Inquisition d'Espagne: depuis l'époque de son établissement par Ferdinand V jusqu'au règne de Ferdinand VII* (1818) de Juan Antonio Llorente. Finalmente, el análisis realizado en el *Course complet* (1828-1829) completa las referencias con *Tableau de l'Espagne moderne* (1788) de Jean-François Bourgoing, *Voyage pittoresque et historique de l'Espagne* (1806-1820) de Alexandre Laborde<sup>48</sup> y *Noticias secretas de América, sobre el estado naval, militar y político del Perú y provincia de Quito* (1826) de Jorge Juan y Bernardo de Ulloa.<sup>49</sup>

Para J.-B. Say, la primera y constante característica de España es la distorsión sobre la opinión pública generada por el gobernante. Desde la primera edición del *Traité*, Say sostiene que las autoridades españolas intentan demostrar que la situación del país es una consecuencia exclusiva de la pérdida de las colonias:

45. Carlo Denina, Juan Pablo Forner, al igual que *Historia crítica de España y de la cultura española* (1783) de J.F. Masdeu, también responden a las tachas de fanatismo, indolencia e ignorancia. Como ejemplo de contrarréplica, véase *Pan y toros* (1793) de León de Arroyal.

46. Véase Lombart (2000), pp. 76-79.

47. Véase Bolufer (2003), p. 260.

48. Say únicamente cita al autor. Sin bien publicó también un breve *Itinéraire descriptif de l'Espagne* (1808), las referencias detalladas hacen pensar en la obra de cuatro volúmenes *Voyage pittoresque*.

49. Say no conoce a los autores españoles mencionados en los discursos preliminares de sus obras: «No pudiendo juzgar por mí mismo del mérito de todos estos escritores, porque no se han traducido las obras de algunos, me ha sido preciso referirme a lo que dice de ellos un traductor español de mi Tratado, D. Jose Queipo, hombre distinguido por sus juces no menos que por su patriotismo, y del cual son las expresiones que he copiado aquí» (Say, 1821, vol. I, p. XCIII).

Todos los días se repite que el Nuevo-mundo ha despoblado la España: lo que ha despoblado son sus malas instituciones, y las pocas producciones que da el país relativamente a su extensión.<sup>50</sup>

Say emplea a Uztáriz, quien considera que la causa de la decadencia española no era la emigración a las Indias, «como decían otros», sino este comercio desfavorable.<sup>51</sup> Pero Say no está tan interesado en demostrar la incidencia de las colonias como en resaltar el discurso del gobernante y asimilar la lucha contra la ignorancia con la lucha por la libertad.<sup>52</sup> El individuo debe aprender a conocer qué le conviene para evitar ser víctima de los intereses privados. Los gobiernos dan continuos ejemplos de cómo usar el poder para mantener a la población en un estado de servidumbre.<sup>53</sup> En las sociedades mal civilizadas, Say describe un pulso entre la opinión pública y el ejercicio de gobierno, decantado hacia el primero conforme la población adquiere una mayor formación.

La segunda particularidad son las causas de la decadencia española. Say también rechaza cualquier argumento basado en la dotación de factores naturales. Al contrario, el *Cours complet* describe los beneficios derivados de la localización geográfica de la península ibérica y de sus recursos naturales.<sup>54</sup> En la obra de J.-B. Say, la naturaleza y el hombre son los agentes clave porque ambos generan valor.

Concluamos pues que las riquezas, las cuales consisten en el valor que da a las cosas la industria humana por medio de los agentes naturales, pueden crearse, destruirse, aumentarse y disminuirse en el seno mismo de cada nación e independientemente de toda comunicación exterior, según el medio que se adopta para producir estos efectos: verdad importante, supuesto que pone al alcance de los hombres los bienes que con tanta razón codician, siempre que sepan y quieran emplear los medios conducentes para obtenerlos, cuya explicación es el objeto de esta obra.<sup>55</sup>

50. Say (1821), vol. II, p. 138. El *Cours complet* aclara que se trata de los gobernantes: «Desde el primer momento encontré legisladores dispuestos a probar que la ruina de España es debida a la pérdida de sus posesiones en América, mientras que para alguien que sabe sobre la miseria y la despoblación de los Estados las instituciones nacionales de España son más que suficiente para explicar la privación en que se encuentra» (Say, 1840, p. 20, traducción propia).

51. Uztáriz también era partidario de impulsar la industria privada y contrario al desarrollo de las manufacturas reales y de las compañías de comercio. Defiende las políticas de infraestructuras para el comercio interior, la creación de academias para fomentar el comercio y las ciencias, así como la necesidad de una armada para la defensa del comercio exterior. Véase Martín Rodríguez (1999), pp. 391-392.

52. «La verdadera salvaguardia de la libertad inglesa está en la libertad de la prensa que ella misma está fundada más bien en los hábitos y opinión de la nación que en la protección de las leyes. Un pueblo es libre porque quiere serlo; y el mayor obstáculo a la libertad pública es el no sentir la necesidad de ella» (Say, 1821, vol. II, p. 241n).

53. Say (1840), p. 22.

54. Say (1840), p. 20.

55. Say (1821), vol. I, p. 14.

La relación económica entre la naturaleza y el hombre tiene tres ámbitos de gestión: 1) el uso que el hombre puede hacer para alterarla, 2) la legislación para delimitar la propiedad privada de la naturaleza y 3) la consideración de la naturaleza como un poderoso motor para el bienestar de la sociedad.<sup>56</sup> Toda nación puede gestionar mal sus recursos naturales pero el poder productor de la naturaleza nunca será un obstáculo, como lo son la ignorancia o el legislador. Para el caso de las naciones mal civilizadas, emplea el ejemplo de un despilfarro de los recursos energéticos por parte de las familias.

[...] se hacen consumos perdidos para la reproducción, pérdidas también para la satisfacción y el bienestar. Citaré por ejemplo el calórico, que es un género precioso en los distritos en que la leña y el carbón de piedra son poco abundantes. Sin embargo se pierde de él una cantidad prodigiosa en las chozas de los aldeanos, en las que frecuentemente no entra más luz que por la puerta si se deja abierta, y en las que se recibe la lluvia por el cañón de las chimeneas, mientras se calienta.<sup>57</sup>

En los cursos de Economía impartidos en el Athénée de París, de 1816 a 1820, Say dedica gran parte de la sesión sobre población a explicar la decadencia de España. En primer lugar, subraya el papel de la Inquisición en la «destrucción» de las fuentes que procuran los recursos y, en consecuencia, de la producción. La expulsión de moriscos y judíos provocó una reducción del capital humano, del capital físico que les acompañaba en su marcha y de las redes de financiación, mientras los tribunales inquisitoriales generaban una inseguridad jurídica generalizada. En otros textos añade dos efectos negativos de la religión católica sobre las capacidades productivas.

La religión y las costumbres influyen también en la población, únicamente a causa de su influjo en la producción. Por eso siendo las costumbres de los países protestantes más favorables a la producción, estos países no solo están más abastecidos que los países católicos, sino que son más populosos. Es lo que notan todos los que viajan.<sup>58</sup>

56. Véase Steiner (2000), p. 3.

57. Say (1821), vol. II, p. 146.

58. Say (1821), vol. II, p. 147. Aunque este párrafo solo aparezca en la tercera y cuarta edición del *Traité*, el *Cours complet* incorpora y desarrolla la cuestión, aclarando que se trata de Irlanda y España: «Uno de los hechos mejor demostrados por la experiencia es que todos los pueblos con instituciones que depravan el juicio tienen una industria débil. En Irlanda, la parte del noreste, que es la parte de la isla menos favorecida por la naturaleza pero con habitantes que son mayoritariamente protestante, es laboriosa y rica. La parte suroeste, donde los residentes se dejan ser dirigidos por los sacerdotes y participan en prácticas muy supersticiosas, tiene poca industria y sobreviven en la más horrible miseria. Desde hace mucho tiempo ocurre lo mismo en la España» (Say, 1840, p. 141, traducción propia).

Las decisiones productivas deben estar basadas en competencias adquiridas por la educación industrial y por la familia. La desaparición del juicio por causa de la religión o de la superstición limita la producción y aletarga las capacidades. Por otro lado, el celibato religioso, y la consiguiente acumulación de patrimonio, generan una ociosidad de los recursos en manos de la Iglesia que limita la capacidad productiva.

Se han quejado mucho del perjuicio que los conventos hacen a la población, y con razón; pero se han equivocado sobre las causas, porque no es el celibato religioso quien hace este mal, es su ociosidad. Se dice que ellos hacen trabajar sus tierras: ¡linda cosa! ¿Las tierras se quedarían incultas si los monjes llegasen a desaparecer? Al contrario: en todos los parajes en que los monjes han sido reemplazados por talleres de industria, de lo que hemos visto muchos ejemplos en la revolución francesa, el país ha ganado, todos los mismos productos de la agricultura, y además los de su industria manufacturera; y siendo de este modo mayor el total de valores producidos, la población de estos países se ha aumentado.<sup>59</sup>

La segunda causa de la decadencia son unas políticas económicas erróneas. Toma de nuevo como referencia a Uztáriz para señalar, por un lado, que los reglamentos y las prohibiciones no contribuyen al progreso porque limitan la producción —un ejemplo es la larga duración del sistema de aprendices—.<sup>60</sup> También destaca una equivocada fiscalidad que, por ser creciente y por una mala selección de tributos (caso de la *alcabala* y de los *cientos*), despoja a los productores de recursos, arruina las manufacturas y, en consecuencia, pierde su base tributaria.<sup>61</sup> En definitiva, el caso español representa perfectamente la clasificación de motivos que explican la situación de las naciones mal civilizadas, es decir, la actuación directa del legislador ignorante por medio de políticas erróneas e indirecta por medio de las instituciones.

Mientras tanto la autoridad real (que favorecía el despotismo de los sacerdotes porque habitúa a la sumisión y a la obediencia pasiva y envió) proseguía con el establecimiento generalizado del régimen regulatorio y prohibitivo y con el aumento gradual los impuestos.<sup>62</sup>

59. Say (1821), vol. II, p. 141.

60. «Si los aprendizajes fuesen un medio de obtener productos más perfectos, los productos de España valdrían tanto como los de Inglaterra. Desde la abolición de las maestrías y de los aprendizajes forzados llegó la Francia a un estado de perfección de que estaba muy lejos antes de esta época» (Say 1819, vol. II, p. 161).

61. Véase Say (1840), p. 502. En relación con las empresas públicas, Say resalta los problemas de una política presupuestaria que entierra la recaudación tributaria en unas fábricas reales ruinosas. Véase Say (1840), p. 463.

62. Say (1819), p. 187, traducción propia.

La situación cambia sustancialmente en el cuadro descrito por el *Cours complet* (1828-1829). Say traslada a España del grupo de naciones decadentes (Egipto, Siria y Grecia) a los países que venían disfrutando del progreso de la industria desde finales del siglo XVIII. Aunque los beneficios por adherirse al conjunto de naciones civilizadas sean aún escasos, los efectos sobre el incremento de la población son evidentes.

Aunque débilmente, España ha participado a pesar de todo en los progresos de la industria que ha caracterizado especialmente los últimos cuarenta años. Por lo tanto, no me ha sorprendido encontrar, en una de nuestras revistas, notas estadísticas que presentan una población, en números redondos, de: 9.300.000 en 1768, 10.400.000 en 1787, 10.500.000 en 1797, 10.560.000 en 1807 y 11.100.000 en 1817.<sup>63</sup>

Say explica este cambio por dos circunstancias. En primer lugar, las crisis generadas por las últimas guerras han estimulado, como nunca, la actividad de la población. En segundo lugar, el incremento de las relaciones con los países industrializados ha beneficiado a España.<sup>64</sup> Pero Say considera que esta aventura hacia la prosperidad es pasajera. Mientras redacta la primera edición del *Cours complet*, incluye una nota al pie para explicar las nefastas consecuencias del regreso de Fernando VII. El progreso español no está sustentado en una población inmersa en la sociedad industrial, tan solo existe una clase «industriosa e instruida» que el monarca sustituye por un colectivo de «fanáticos e ignorantes». El resultado es un evidente decaimiento de las artes que invita a Say a predecir un aumento de la miseria y una nueva disminución de la población.

Desde que esto ha sido escrito, un gran crimen político ha sido cometido. La clase ilustrada e industriosa ha sido abandonada presa de la clase ignorante y fanática, y de los hombres interesados en ahogar las luces y la industria. A partir de ahí podemos suponer que la miseria aumentará y la población disminuirá.<sup>65</sup>

63. Say (1840), pp. 380-381, traducción propia. Véase Say (1831), p. 541. También José Antonio Ponzoa escribió un alegato sobre las diferencias entre la imagen de España descrita por Say en el *Traité* y la realidad. Su traducción *Traité* de 1838 finaliza con siete comentarios y, precisamente, el último, titulado *De la actual población de España*, rebate las iniciales estadísticas de Say sobre la población española.

64. Say reconoce decisiones políticas acertadas como la moderada apertura del comercio de Indias (Say 1819, vol. II, p. 249).

65. Say (1828-1829), p. 374, traducción propia.



## Las políticas de desarrollo industrial

¿Cómo ser una nación industrial? El objetivo descrito por Say es una organización de la sociedad donde la prosperidad y el bienestar de la nación reposan en la actividad de los gobernados, y no en los gobernantes. En los países prósperos, las capacidades para la producción abarcan toda la población y, con ello, multiplican los medios para la prosperidad, es decir, para el crecimiento económico.

[...] el país en que hay muchos negociantes, fabricantes y agricultores hábiles, tiene más medios de prosperidad que el que se distingue principalmente por la cultura de las artes y del ingenio. En la época de la renovación de las letras en Italia, tenían las ciencias su asiento en Bolonia, y las riquezas en Florencia, Génova y Venecia. Las intensas riquezas que en nuestros días posee la Inglaterra, no tanto son efecto de las luces de sus sabios, aunque los tiene muy recomendables, como del singular talento de sus empresarios para las aplicaciones útiles, y de sus obremos para la buena y pronta ejecución.<sup>66</sup>

Pero J.-B. Say considera que la sustitución de las instituciones arcaicas por las capacidades industriales no es espontánea. Cuando analiza los medios para obtener estas habilidades, rechaza una aproximación entre las naciones por una cuestión de velocidad de difusión de las cualidades empresariales. Mientras el conocimiento científico viaja rápidamente, los empresarios son reacios a la difusión de sus capacidades y habilidades:

Conviene observar que los conocimientos del sabio, tan necesarios para el desarrollo de la industria, circulan y pasan de una nación a otra con bastante facilidad. Los sabios mismos tienen interés en difundirlos, porque contribuyen a aumentar sus bienes, y les dan reputación, más apreciable para ellos que todos los bienes del mundo. Por consiguiente una nación en que se cultivasen poco las ciencias, podría sin embargo adelantar bastante su industria aprovechándose de las luces que recibiese de otras partes: lo que no sucede con el arte de aplicar los conocimientos del hombre a sus necesidades, ni con el talento de ejecución.<sup>67</sup>

Por lo tanto, la única forma de obtener las cualidades empresariales y el grado de nación industrial, a menor coste y mayor velocidad que por la experiencia, es por medio de la educación.

La eliminación de privilegios y reglamentaciones de las instituciones arcaicas es una condición necesaria pero no suficiente porque el crecimiento

66. Say (1821), vol. 1, p. 30.

67. Say (1821), vol. 1, p. 30.

económico ampliaría la desigualdad hasta acabar con la armonía social que la prosperidad requiere. En el pensamiento sensualista, un sistema generalizado de instrucción pública es indispensable para que la población disfrute plenamente de los derechos naturales y reafirme su independencia respecto a las élites. Frente al concepto de educación ilustrada, la instrucción pública reduce las diferencias sociales en capital humano, en riqueza y en intereses. Say considera que, a pesar de una aparente diversidad y oposición, el verdadero interés de los individuos es fundamentalmente armonioso y la formación será el medio de reconocerlo.<sup>68</sup> Por lo tanto, la instrucción industrial sirve a la nación como medio para lograr la estabilidad social y como recurso para generar crecimiento económico.

El principal objetivo de esta formación industrial es la incorporación del juicio empresarial en la toma de decisiones para sustituir la rutina, que no es más que el fruto de la tradición y del aislamiento. Ahorra recursos, antes desaprovechados al afrontar negocios imposibles, suprime los altos costes que genera la experiencia y permite el éxito de la empresa. Este razonamiento empresarial es requerido para la dirección y no para su administración, cuyas cualidades están desvinculadas del juicio. Los temas que abarca este razonamiento aplicado a la gestión son cuatro y están englobados bajo el término «espíritu de dirección».

[...] se trata de poner en movimiento algunas veces un grandísimo número de individuos [...]. En el curso de tantas operaciones hay obstáculos que superar, inquietudes que tolerar, desgracias que reparar, y expedientes que buscar.<sup>69</sup>

En primer lugar, las decisiones de dirección deben apreciar situaciones futuras frente a la miopía de aquellos que tan solo ven el presente. En segundo lugar, es necesaria una concepción dinámica de los acontecimientos que considere la existencia de ineficiencias en toda organización. En tercer lugar, aparece la distinción entre los intereses de los agentes vinculados a la empresa y los intereses del empresario.<sup>70</sup> Se trata de converger hacia un interés único para evitar una continua supervisión derivada del conflicto. Bajo la premisa de un comportamiento guiado por el interés personal, se requiere buscar coincidencias que eviten el enfrentamiento entre las distintas partes de la organización. Finalmente, es necesario delimitar las tareas y las aportaciones de cada uno, al objeto de valorar individualmente las contribuciones al conjunto y estable-

68. Sobre la reforma social para reformular la moral propuesta por Say en *Olbie, ou essai sur les moyens de reformer les mœurs d'une nation* (1800), véase Frick (1987).

69. Say (1821), vol. II, pp. 72-73.

70. Estas relaciones laborales nacen de la incapacidad del empresario para ejecutar todas las operaciones de un proceso de producción. Por lo tanto, proceden de la delegación y no de la división del trabajo. Véase Say (1840), p. 46.

cer así los incentivos.<sup>71</sup> El *Cours complet* incorpora otro conjunto de cualidades morales por ser útiles en todas las áreas de nuestra vida. La *actividad* permite estar presente en todo momento y lugar para abarcar lo que le rodea, al necesitar controlar cada parte de la organización y evitar, en la medida de lo posible, la delegación. La *constancia* logra mantener un rumbo fijo frente a las adversidades, ya sea por la posibilidad de otro negocio, por la tardanza de los éxitos o por los pequeños y frecuentes obstáculos que van apareciendo. La *firmeza* consiste en el autocontrol de forma que la toma de decisiones en la empresa sea independiente de las preferencias personales. Todos estos talentos son desarrollados con el estudio de la Economía industrial, frente a los conocimientos teóricos adquiridos con los estudios tecnológicos<sup>72</sup> y la inoperancia de los sistemas de formación basados en los aprendices. Por otro lado, la Economía privada o la Economía pública dotan de capacidades a la población para la gestión del hogar y de la administración pública, respectivamente.

De la Economía [Economía privada] se ha hecho una virtud, y no sin razón, porque supone la fuerza y el imperio de sí mismo como las demás virtudes, y no hay ninguna más fecunda en felices consecuencias. Ella es la que en las familias prepara la buena educación física y moral de los hijos y el cuidado de los viejos. Ella es quien asegura a la edad madura esta serenidad de espíritu necesaria para conducirse bien, y esta independencia que hace a los hombres superiores a las bajas.<sup>73</sup>

Familias instruidas y empresarios capacitados desempeñan un papel determinante en la formación y reproducción del capital. La acumulación de capital y la inversión son realizadas por los propietarios de los fondos, pero es el empresario quien los emplea para fabricar mercancías y quien, con ello, añade un valor adicional a la dotación inicial. Unas familias industriosas permiten que el excedente sea revertido al proceso industrial bajo la forma de

71. Véase Say (1840), p. 141.

72. Durante los dos primeros años de enseñanza de Economía industrial en el Conservatoire des Arts et Métiers (1820-1832), Jean-Baptiste Say consolida una teoría de la producción que le permite ampliar la ciencia económica a la conducta en los negocios. El término industrial no era una decisión propia sino imperativa de unas autoridades que no deseaban el calificativo «política». En 1828, Say da contenido al título de la materia y en su primera edición del *Cours complet* podemos encontrar una Economía industrial, una Economía privada y una Economía pública, todas distinguidas de la Economía política. Se trata de la teoría de la gestión de las empresas y no de la teoría económica aplicada a la práctica industrial; tampoco existe una Economía práctica como disciplina, tan solo la práctica de la teoría. La Economía privada hace referencia al campo de la gestión del hogar y la Economía pública al marco de la administración pública. Todas ellas pretenden explicar cómo llevar a cabo la aplicación del conocimiento y su sustitución por la rutina o la tradición, de forma que las decisiones sean realizadas desde la teoría. Véase Daire (1848) y Marco (1998).

73. Say (1821), vol. II, pp. 179-180.

nuevo capital y que la parte destruida por el consumo improductivo sea mínima. La aceleración de este circuito virtuoso y el incremento del excedente dependen de la excelencia de la actuación empresarial y de la cantidad de empresarios. Las instituciones arcaicas también son un obstáculo para la circulación del capital porque encierran al crédito en pequeñas redes sociales.<sup>74</sup> Las capacidades son la solución.

El empresario de la industria es el que ordinariamente necesita hallar los fondos de que ésta exige el empleo. No saco yo la consecuencia de que es necesario que sea rico, porque puede ejercer su industria con fondos prestados, pero es menester a lo menos que pueda pagar, que sea conocido por hombre inteligente y prudente, lleno de orden y de probidad; y que por la naturaleza de sus relaciones, esté en disposición de procurarse el uso de los capitales que no posee por sí.<sup>75</sup>

Consciente de la importancia de la cuestión del acceso al capital, Say propone al capitalista abandonar los prejuicios a la hora de decidir. Junto a la honestidad y la inteligencia natural, incorpora dos facultades —probidad y orden— que son catalogadas como habilidades de dirección y que se adquieren con la formación. Trata de abrir así los círculos sociales que limitan el acceso al capital para que las capacidades empresariales sean el criterio de decisión. El objetivo es una sociedad donde las decisiones de financiación dependan exclusivamente de las cualidades del empresario.

Me metería a historiador si señalase las causas que han contribuido gradualmente al progreso de la industria, desde los tiempos de barbarie hasta nosotros; y así solo haré notar la mudanza que ha habido y las consecuencias de esta mudanza. La industria ha sugerido a la masa de la población los medios de existir sin estar dependiente de los grandes propietarios, y sin amenazarlos perpetuamente. Esta industria se ha alimentado de los capitales que ella misma ha sabido acumular. Desde entonces ya no ha habido esos protegidos o sea clientes: el ciudadano más pobre no ha tenido necesidad de patrono, y se ha puesto para subsistir bajo la protección de su talento. Las naciones se mantienen por sí mismas, y los gobiernos sacan actualmente de sus súbditos los socorros que ellos les daban en otro tiempo.<sup>76</sup>

Al tratar la cuestión del desarrollo económico en la obra de Say, es necesario mencionar la crítica a Adam Smith por afirmar que el retraso de los paí-

74. Otras variables también permiten una mayor cantidad de capital disponible para la inversión: la incertidumbre, la confianza, la deflación de precios, el ritmo de crecimiento de la producción, la concentración del ahorro por medio de instituciones financieras y también la propia decisión de ahorrar.

75. Say (1821), vol. II, p. 72.

76. Say (1821), vol. II, pp. 88-89.

ses proviene de una escasa división del trabajo.<sup>77</sup> Para Say, la división del trabajo es una consecuencia y no la causa del retraso económico.<sup>78</sup> El origen y el límite a la división del trabajo son, respectivamente, el intercambio y la dimensión del mercado. El mercado es ampliado con el aumento de consumo, la reducción de costes de transporte y la difusión del conocimiento. El ejercicio empresarial permite eliminar los límites impuestos por el mercado cuando la producción crea su propia demanda. La división del trabajo tiene sus mayores límites en la organización. Esta idea permite a Say presentar el exceso de dimensión como un problema, concretamente un obstáculo para la administración. En este caso, las capacidades permiten la supervisión, el control y la evaluación de la organización. La administración requiere una serie de cualidades, entre las que encontramos el «espíritu de orden y de economía», dada la necesidad de actuación por parte del empresario en todas y cada una de las partes de la organización —por ejemplo, la adquisición de factores, la relación con los consumidores o la localización de la producción.

[...] es menester comprar o hacer comprar las materias primeras, reunir los obremos, buscar los consumidores, tener un espíritu de orden y de economía, en una palabra el talento de administrar. Es menester tener una cabeza acostumbrada al cálculo, que pueda comparar los gastos de producción con el valor que tendrá el producto cuando se haya puesto en venta.<sup>79</sup>

Sumamos la capacidad de *cálculo*. Hace referencia a la obtención y uso de información cuantitativa para comparar constantemente los precios, tanto en los mercados de factores como en los mercados de productos finales. Say concibe la organización como un entorno dinámico que requiere adaptarse a cambios, lo que obliga al empresario a un continuo cálculo sobre la actividad, sobre el bien fabricado y sobre la duración del proceso. El resultado permite evaluar la producción.

En resumen, las políticas de desarrollo únicamente pueden ser educativas. La instrucción pública permite la formación de las capacidades necesarias para suministrar más recursos a la producción y para un empleo con éxito por parte del empresario. El papel de la autoridad requiere suprimir las instituciones arcaicas y promover las instituciones de la nueva sociedad industrial.

77. El empresario también está presente en la discusión sobre la introducción de las máquinas en la producción y no solo como medio de introducción de la tecnología. Las máquinas van a contribuir positivamente al bienestar económico porque permiten reducir el precio final de los bienes y liberar recursos para la creación de nuevas industrias. También reconoce los peligros por el retardo entre estos efectos beneficiosos y la inicial sustitución de mano de obra por maquinaria. El empresario es el difusor de sus excelencias y, junto al capital y al aprendizaje, puede acelerar el proceso. Véase Say (1821), vol. I, pp. 36 y ss.

78. Say (1821), vol. I, p. 20.

79. Say (1821), vol. II, p. 72.

## Reflexiones finales

La etapa empresarial en la industria de algodón, los años vinculados al periódico en *La Décade philosophique, littéraire et politique*, la docencia de Economía en el Athénée de París y en el Conservatoire des Arts et Métiers otorgan a J.-B. Say un perfil heterogéneo, tanto en la producción de sus ideas como en la construcción de la imagen de un país. Conocemos mucho sobre la elaboración de sus teorías pero poco sobre la recepción que Say realiza de aquello que le rodea. En el caso de España, demostramos una continua actualización de la información y un incansable deseo de acumulación de estadísticas. Say elabora las causas de la decadencia española a partir de la obra de Uztáriz y de la imagen proyectada por los filósofos franceses. Pero Say actualiza su descripción, conforme agrega nueva literatura, hasta que la realidad percibida presenta los cambios suficientes para modificar los resultados de la aplicación de su teoría del progreso. A partir de 1828, Say presenta a España como un país incorporado al proceso industrializador aunque las causas de tal progreso no se correspondan con sus argumentos teóricos. Un avivamiento de laboriosidad en la población provocado por la situación límite alcanzada tras los conflictos bélicos, junto al incremento en las relaciones con los vecinos industrializados, ha generado una clase industriosa e instruida. Aunque Say alabe explícitamente la creación de la cátedra de Economía política de la Junta de Comercio de Barcelona,<sup>80</sup> las políticas de formación ilustradas, promovidas por Pedro Rodríguez de Campomanes —con la Junta general, las sociedades económicas o los consulados de comercio—, no han alcanzado al conjunto de la población. Say no ve una sociedad industrial y, en consecuencia, predice la debilidad de la situación privilegiada alcanzada porque un colectivo instruido no es suficiente.

La propuesta de un desarrollo basado en las capacidades industriales tuvo pocos seguidores entre la literatura económica española de la primera mitad del siglo XIX. En la mayor parte de los casos, las «aplicaciones» de los autores nacionales buscaban un modelo sectorial —agrícola, industrial o un equilibrio entre ambos— con la correspondiente política comercial.<sup>81</sup> Es posible que no tuvieran la fe en la educación que mostraba Say o que no vieran la posibilidad de implantar un sistema de formación que llegara al conjunto de la población —Jean-Baptiste Say no explica cómo se construyen las nuevas instituciones sobre la base de la educación industrial—. Tampoco hay que menospreciar una necesidad de resultados inmediatos que las políticas educativas no proporcionan. Pero Say no maneja plazos para las políticas de desarrollo porque

80. Véase Say (1821), vol. I, p. CXXVI.

81. Sobre una clasificación de las propuestas industrialistas de estos autores entre «agrismo poblacionista» e «industrialismo proteccionista», véase Almenar (1980).

no permite otras alternativas; una nueva organización de la sociedad requiere un tipo de ciudadano que solo puede nacer de la educación industrial. Y cualquier otra política es inútil para alcanzar una prosperidad estable.

## BIBLIOGRAFÍA

- ALMENAR, Salvador (1980), «El pensamiento económico de Álvaro Flórez Estrada. Economía ricardiana y reformismo radical», en S. ALMENAR (ed.), *Curso de economía política por D. Álvaro Flórez Estrada*, Instituto de Estudios Fiscales, Madrid, pp. XXIX-CXV.
- (1997), «Los primeros economistas clásicos y la industrialización», en VV.AA., *Industrialización en España: entusiasmos, desencantos y rechazos. Ensayos en homenaje al profesor Fabian Estapé*, Civitas, Madrid, pp. 139-166.
- (2014), «The reception and dissemination of David Ricardo's ideas in Spain», en G. FACCARELLO y M. IZUMO (eds.), *The Reception of David Ricardo in Continental Europe and Japan*, Routledge, Londres, pp. 152-178.
- ALMENAR, Salvador, y LLUCH, Ernest (2000), «Difusión e influencia de los economistas clásicos en España», en E. FUENTES QUINTANA (dir.), *Economía y Economistas españoles. La economía clásica*, Galaxia Gutenberg, Madrid, vol. 4, pp. 93-170.
- ALMENAR, Salvador, ARGEMÍ, LLuís, y LLUCH, Ernest (1999), «Els industrialismes a Espanya: 1840-1850», en A. PAREJO y E. SÁNCHEZ (eds.), *Economía andaluza e Historia industrial. Estudios en Homenaje a Jordi Nadal*, Universidad de Almería, Almería, pp. 1436-1454.
- ANES, Gonzalo (1998), «La idea de España en el siglo de las luces», en E. BENITO (coord.), *España. Reflexiones sobre el ser de España*, Real Academia de la Historia, Madrid, pp. 223-243.
- BOLUFER, Mónica (2003), «Civilización, costumbres y política en la literatura de viajes a España en el siglo XVIII», *Estudis*, n.º 29, pp. 255-300.
- BRAUDEL, Fernand (1979), *Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV-XVIII*, Alianza, Madrid.
- CABRILLO, Francisco (1978), «Traducciones al español de libros de economía (1800-1880)», *Moneda y Crédito*, n.º 147, pp. 187-191.
- DAIRE, Eugène (1848), «Notice sur la vie et les ouvres de Jean-Baptiste Say», en C. COMPTE, E. DAIRE y H. SAY (eds.), *Œuvres diverses de J.-B. Say*, Guillaumin, París, pp. I-XVIII.
- FONTAINE, Philippe (1992), «Le concept d'industrie au XVIII<sup>e</sup> siècle», *Économies et Sociétés, série PE: Histoire de la pensée économique*, n.º 16, pp. 7-33.
- FORGET, Evelyn L. (2001), «Jean-Baptiste Say and Spontaneous Order», *History of Political Economy*, vol. 33, n.º 2, pp. 193-218.
- FRICK, Jean-Paul (1987), «Philosophie et Économie politique chez J.-B. Say», *Histoire, Économie et Société*, n.º 1, pp. 51-67.

- GOGLIO, Karine (2002), «L'Économie politique pratique et la gestion de l'entreprise chez Jean-Baptiste Say», en J.-P. POTIER y A. TIRAN (eds.), *Jean-Baptiste Say: Nouveaux regards sur son œuvre*, Economica, París, pp. 535-555.
- IGLESIAS, Carmen (1998), «España desde fuera», en E. BENITO (coord.), *España. Reflexiones sobre el ser de España*, Real Academia de la Historia, Madrid, pp. 377-428.
- JAMES, Michel. H. (1977), «Pierre-Louis Roederer, Jean-Baptiste Say, and the Concept of Industrie», *History of Political Economy*, vol. 9, n.º 4, pp. 455-475.
- LADERO, Miguel Ángel (1996), «La decadencia española. Historia de un tópico», *Historia 16*, n.º 238, pp. 33-52.
- LÓPEZ-CORDÓN, María Victoria (1992), *Realidad e imagen de Europa en la España ilustrada*, Patronato del Alcázar de Segovia, Segovia.
- LAGET, Florence (2002), «Le droit subjectif de propriété chez Jean-Baptiste Say, un instrument de progrès», en J.-P. POTIER y A. TIRAN (eds.), *Jean-Baptiste Say: Nouveaux regards sur son œuvre*, Economica, París, pp. 69-94.
- LEGRIS, André, y RAGNI, Ludovic (2002), «La conception de l'individu chez Jean Baptiste Say», en J.-P. POTIER y A. TIRAN (eds.), *Jean-Baptiste Say: Nouveaux regards sur son œuvre*, Economica, París, pp. 41-68.
- LÓPEZ CASTELLANO, Fernando (2000), «Lecciones de economía política sobre población de Casimiro Orense», en E. FUENTES QUINTANA (dir.), *Economía y Economistas españoles. La economía clásica*, Galaxia Gutenberg, Madrid, vol. 4, pp. 351-368.
- (2009), «La réception de Say et son influence sur l'institutionnalisation de l'enseignement de l'économie en Espagne (1807-1856)», *Revue d'Histoire des Sciences Humaines*, n.º 21, pp. 127-150.
- (2012), «Economía política del desarrollo, análisis poscolonial y “malos samaritanos”», *Revista Problemas del Desarrollo*, vol. 169, n.º 43, pp. 27-50.
- LLOMBART, Vicent (2000), «El pensamiento económico de la Ilustración en España», en E. FUENTES QUINTANA (dir.), *Economía y economistas españoles*, vol. 3: *La ilustración*, Círculo de Lectores-Galaxia Gutenberg, Barcelona, pp. 7-89.
- LLUCH, Ernest (1988), «Prólogo», en E. JAUMEANDREU, *Rudimentos de Economía Política*, AltaFulla, Barcelona, pp. 5-17.
- (1992), «Juan López de Peñalver en los orígenes de la economía matemática», en J. LÓPEZ DE PEÑALVER, *Escritos de López de Peñalver*, Instituto de Estudios Fiscales, Madrid, pp. XIII-CXXIV.
- MARCO, Luc (1998), «From the dynamics of the entrepreneur to the analysis of the firm: la science des affaires, 1819-1855», en G. FACCARELLO (ed.), *Studies in the History of French Political Economy. From Bodin to Walras*, Routledge, Londres, pp. 284-318.
- MARTÍN RODRÍGUEZ, Manuel (1989), «La institucionalización de la Economía política en la Universidad Española (1784-1857)», en E. VALLE SANTORO, *Elementos de Economía política con aplicación particular a España*, Madrid, Instituto de Estudios Fiscales, pp. IX-CCXXXVII.
- (1999), «Subdesarrollo y desarrollo económico en el mercantilismo español», en E. FUENTES QUINTANA (dir.), *De los orígenes al mercantilismo*, vol. 2: *La ilustración*, Círculo de Lectores-Galaxia Gutenberg, Barcelona, pp. 359-402.



- MENUDO José M., y O'KEAN José M.<sup>a</sup> (2002), «La théorie de la fonction entrepreneuriale chez J.-B Say: La tradition Cantillon-Turgot-Say», en J.-P. POTIER y A. TIRAN (eds.), *Jean-Baptiste Say: Nouveaux regards sur son œuvre*, Economica, París, pp. 577-604.
- (2005), «La recepción de la obra de Jean-Baptiste Say en España: la teoría económica del empresario», *Revista de Historia Económica*, vol. 23, n.º 1, pp. 117-142.
- PERDICES, Luis, y RAMOS, José Luis (2015), «La imagen económica de la España del siglo XVII: la mirada extranjera frente a la visión de los arbitristas», *Hispanic Research Journal*, vol. 16 n.º 3, pp. 221-238.
- PLATTEAU, Jean-Philippe (1978), *Les économistes classiques et le sous-développement*, PUF, París, pp. 129-245.
- SAN JULIÁN, Javier (2012), «Economic Ideas and Redistributive Policy in the Spanish Parliament», *Revista de Historia Industrial*, n.º 50, pp. 49-71.
- SAY, Jean-Baptiste (1819), *Cours à l'Athénée*, en P. STEINER, *Cours d'économie politique et autres essais*, Flammarion, París, 1996.
- (1821), *Tratado de economía política ó exposición de cómo se forman, se distribuyen y se consumen las riquezas* (trad. de Juan Sánchez Rivera), Fermín Villalpando, Madrid.
- (1828-1829), *Cours complet d'économie politique pratique suivi des mélange, correspondance et catéchisme d'économie politique* (1.<sup>a</sup> ed.), Dumont, Bruselas, 1836.
- (1840), *Cours complet d'économie politique pratique et mélange et correspondance d'économie politique*, (2.<sup>a</sup> ed.) Edizione dell'Ateneo Bizzarri, Roma, 1968.
- SMITH, Robert S. (1968), «El pensamiento económico inglés en España (1776-1830)», en E. FUENTES QUINTANA (dir.), *Economía y Economistas españoles. La economía clásica*, Galaxia Gutenberg, Madrid, vol. 4, pp. 305-338.
- STEINER, Philippe (1990), «L'économie politique pratique contre les systèmes: quelques remarques sur la méthode de J.-B. Say», *Revue d'économie politique*, vol. 100, n.º 5, pp. 664-678.
- (2000), «La théorie de la production de J.-B. Say», *Colloque international Jean-Baptiste Say*, Lyon.



### *Jean-Baptiste Say on Decadence and Industrial Progress in Spain*

#### ABSTRACT

J.-B. Say's theory of economic development culminates in the industrious nation, and is a touchstone for Spanish authors situating the nation within the context of European economic development. This article presents his interpretation of the case of Spain. Included amongst the «badly civilized» countries, Spanish institutions prevented industrial powers from remedying the country's retarded growth. But both the awakening of the people and an increase in relations with prosperous neighbours allowed Spain to momentarily join the group of industrialised countries. Notwithstanding his recommendations, Say pointed to the fragility of this privileged situation in the face of political change. He does not contemplate economic convergence between nations as a spontaneous process but, rather, proposes a policy of development based on industrial education in order to remove prejudice from decision-making processes.

KEYWORDS: J.-B. Say, history of economic thought, entrepreneurship, education and development

JEL CODES: A110, B120, L126, I125



### *Jean-Baptiste Say: sobre la decadencia y el progreso industrial en España*

#### RESUMEN

J.-B. Say elabora una teoría del desarrollo económico que culmina en la nación industriosa. Será un lugar común para los autores españoles cuando ubican la situación nacional dentro de los patrones de la evolución económica europea. Este artículo presenta el análisis que el propio J.-B. Say realiza del caso español. Inicialmente incluido en el grupo de países «mal civilizados», sus instituciones impiden que las facultades industriales subsanen el retraso económico. Pero el despertar de la población y el incremento en las relaciones con los vecinos prósperos permiten a España ingresar momentáneamente en el grupo de países industrializados. Sin relación con las políticas propuestas por su teoría, señala la debilidad de esta situación privilegiada ante los avatares políticos. Say no contempla un progreso de forma espontánea y, en consecuencia, propone una política de desarrollo basada en una educación industrial generalizada que destierre los prejuicios en la toma de decisiones.

PALABRAS CLAVE: J.-B. Say, Historia del pensamiento económico clásico, Función empresarial, Educación y Desarrollo

CÓDIGOS JEL: A110, B120, L126, I125